

El escenario de la política (Rancière, Cortázar, la filosofía y la literatura)

Manuel E. Vázquez

1. UNIVERSALIDAD Y POLÉMICA

El lugar de lo universal en relación a la política apunta hoy al conflicto múltiple entre el Estado y la comunidad, lo universal y lo particular, lo moderno y lo arcaico. La llamada «crisis identitaria» vendría a hacer evidente el choque de lógicas difícilmente conciliables: la que enfrenta el universalismo de la ley y el orden concreto de la filiación; la que enfrenta al sujeto con el Estado.

Junto a ello, un reconocimiento múltiple: tan ineficaz es la universalidad que planea sobre los individuos sin encontrar en ellos un punto de anclaje, como la particularidad privada de universalidad consumida en el culto a la singularidad a la que toda universalidad es incapaz de hacer justicia. Este el punto en el que Rancière apuesta por lo que califica como «universal polémico»:

«[...] hay política cuando existe un tercer modo del universal, el universal singularizado polémicamente por actores específicos que no son ni sujetos de la filiación ni partes del Estado. La «superación» de la crisis identitaria es la política cuando la volvemos a encontrar como tal»¹.

Todo el acento debe recaer en el intento de sacar a la noción de sujeto tanto de las redes del Estado, como de las mallas de la filiación; tanto de la universalidad abstracta, como de las singularidades particularizadas. Pero por encima de todo debe llamarse la atención sobre la insistencia, genuino *leitmotiv* de Rancière, por «volver a encontrar la política como tal». Podemos añadir: al margen de sucedáneos, al margen de su ocultación por la filosofía

1 J. RANCIÈRE. «La división de l'arkhè», *Moments politiques. Interventions 1977-2009*, La Fabrique, Paris, 2009, p. 58.

política. Quizá la mejor manera de «volver a encontrar la política» sea acudir al escenario donde esa misma política se presenta.

2. EL ESCENARIO DE LA POLÍTICA: TIERRA Y MAR

En el escenario de la política hay un peculiar conflicto originario entre lo acuático y lo terrestre, entre la inestabilidad que asociamos a los ríos y mares y la permanencia propia de la solidez de campos, rocas y montañas:

«Riberas de los ríos de la fundación, orillas de los ríos de la refundación, precipicios de ruina u horror. Algo esencial debe contener este paisaje para que la política se haya obstinadamente representado en él»².

Es un asunto de «puesta en escena», sin duda. Pero ahí también se debate algo más profundo: el imperativo que guía a la política y su fundamentación.

«La totalidad de la empresa política platónica —nos recuerda Rancière— puede ser pensada como una polémica antimarítima». Aquí «antimarítima» equivale a «antidemocrática» si es verdad, como añade, que «la política empírica —entiéndase, el hecho democrático— se identifica al reino marítimo de esos deseos de posesión que recorren los mares, exponiéndolos simultáneamente al vaivén de las olas y la brutalidad de los marinos». Por eso, concluye, «para salvar la política hay que arrastrarla sobre tierras de pastores». Pastores y agricultores, podemos añadir con Hesíodo y Aristóteles.

Frente a la inestabilidad democrática, vaivén continuo de difícil estabilidad, una fundamentación que realmente sea tal tendrá que cambiar de ubicación, paisaje y escenario. Pero también deberá anular ese paisaje abandonado, «enterrar el mar, secarlo» y, por último, ofertar un fundamento estable. Esas tres tareas confluyen en una única: dilucidar el *arjé* de la política. La política deviene así archi-política.

3. LA ARCHI-POLÍTICA

La archi-política, en un trayecto que va desde Platón al moderno republicanismo, consistirá enteramente en el intento de reconducir el pensamiento político en la dirección de la realización del *arjé* de la política, entendiendo por *arjé* tanto el comienzo o la causa inicial, como el principio rector del orden. Para decirlo con Rancière,

² J. RANCIÈRE, *Bordes de lo político*, www.philosophia.cl/Escuela de Filosofía Universidad Arcis, p. 2.

«La archi-política, cuyo modelo nos es proporcionado por Platón, expone en toda su radicalidad el proyecto de una comunidad fundada en la realización integral del *arjé* de la comunidad, en su integral sensibilización, reemplazando enteramente la configuración democrática de la política»³.

Sin entrar en el detalle de la operación platónica, habría que llamar la atención sobre dos cosas. En primer lugar, la relación exclusiva ahí establecida entre política y *arjé*. Objetivar el *arjé*, darle vida y realizarlo en las instituciones políticas equivale al logro de una comunidad políticamente fundada. Pero nada de ello —es lo segundo que quería indicar— es ajeno a una conmoción interior a la política en la que el gobierno sólo es legítimo en vistas de y como realización del *arjé*. Eso no es tarea de muchos. De ahí que en última instancia el inestable principio horizontal de la democracia sea sustituido por la sólida ejecución vertical del principio.

Parece claro que nada de ello carece de supuestos y problemas. En concreto, todas las cuestiones derivadas del lugar ambiguo que compete al *arjé*. Por una parte debe estar fuera de la totalidad que él mismo diseña, pero al mismo tiempo debe ser algo interior a esa misma totalidad. Para decirlo de otra forma, por una parte posibilita, pero por otra no debe confundirse con lo que él posibilita. Debe ser interior e inmanente a lo por él posibilitado, pero también debe ser exterior y trascendente a ello mismo, pues solo así el fundamento y lo fundamentado constituyen órdenes diferentes, jerárquicamente ordenados.

Todo ello abre un problema subsidiario. Me refiero al exceso y representación ahí supuestos: *exceso* porque la exterioridad del fundamento respecto a lo fundado abre un espacio de difícil estatus y complicado acceso; *representación* porque solo representado, es decir, solo en la forma de la representación, el fundamento puede estar presente en lo fundamentado. Por paradójico que pudiera parecer, el fundamento se da a ver en la forma de su retirada, abriendo así el espacio de su representación. Sin necesidad de hacer mucho hincapié en ello, me remito en este punto a las aporías y necesidades, a las necesarias aporías presentes en lo que J. Derrida denominó «significado trascendental»⁴

La apuesta de Rancière no se suma al esquema que instala a la política en la esfera del *arjé* ni intenta parchear las dificultades que el mismo conlleva. Su apuesta es más radical y pasa por reconocer que no hay tal fundamento:

3 *Bordes de lo político*, o. c., p. 88

4 J. DERRIDA, «La structure, le signe et le jeu dans le discours des sciences humaines», *L'écriture et la différence*, Seuil, Paris, 1967.

«El fundamento de la política no es más la convención que la naturaleza: es la ausencia de fundamento, la pura contingencia de todo orden social»⁵.

Se entenderá ahora que puesto que el *arjé* no es el principio natural ni convencional del orden social, el principio deje de ser tal y en rigor *no sea* pues no se incluye en ninguna de las regiones (naturaleza o cultura) de lo que hay. Así consideradas las cosas, resulta obligado prescindir de él, reconocer su no-ser.

4. ARIÉ Y DEMOS

Todo ello tendría un efecto añadido y siniestro (*unheimlich*): permite que lo reprimido retorne. Es decir, que llegue hasta la superficie y se haga visible el conjunto de los excluidos por la lógica del *arjé*: el *demos*, el pueblo.

En el *demos* la ausencia de fundamento adquiere carácter constitutivo. Sólo él parece cumplir con todo rigor la inmanencia a que obliga la ausencia de un fundamento exterior. Inmanencia donde en última instancia el fundamento y el *arjé*, privados de trascendencia, se desvanecen:

«La democracia es la situación específica donde la ausencia de título da título para el ejercicio del *arjé*. Es el comienzo sin comienzo, el mandato de lo que no manda»⁶

En su pura evanescencia, el *arjé* no viene a añadir nada. Viene para interrumpir, escindir y separar: *Interrumpir* al comienzo consigo mismo y al mandato consigo mismo. *Escindir* a la comunidad consigo misma de manera que nunca se clausure en la estabilidad de un límite y acote el espacio cerrado de un todo. *Separar* a la identidad respecto de sí misma impidiendo la posesión integral de sí.

Si la lógica del fundamento daba lugar a una archi-política, la ausencia del fundamento permitirá abrir el espacio de la política que esa archi-política neutralizaba, dando paso al régimen sin fundamento propio de una política que asume su condición infundada.

Como se sabe, *demos* no es el nombre que a sí mismos se daban los que a él pertenecían. Es el nombre que reciben aquellos cuya característica esencial no radica en la plenitud sino en la carencia. La especificidad del *demos* consiste en el hecho de que está pero no es, está pero no cuenta. Todo en él así considerado resulta de la anomalía. Sólo él es capaz de asumir y exhibir la ausencia de fundamento de la política. En ello consiste su especificidad: no es

5 *Bordes de lo político*, o. c., pp. 30-31.

6 J. RANCIÈRE, «Diez tesis sobre la política», *Política, policía, democracia*, Lom ediciones, Santiago de Chile, Chile, 2006, p. 64 (trad. modificada).

el portador de una circunstancia ocasional superable, sino de una condición estructural insalvable.

Sus efectos se extienden más allá de la archi-política llegando hasta lo que Rancière califica como para-política y meta-política⁷, y concluyendo en nuestras modernas democracias, nuestra post-democracia amparada en un régimen consensual⁸. También ellas se nutren de la férrea correspondencia entre la parte de los con parte y el todo social, eliminando así esa otra parte de los que no cuentan. También ellas se nutren de la «adecuación *sin resto* entre las formas del Estado y el estado de las relaciones sociales»⁹. En ellas «el pueblo es idéntico a la suma de sus partes [...]. Su cuenta es siempre pareja y *sin resto*»¹⁰. En ellas todo apunta a «la unidad *sin resto* del pueblo soberano, de la población empírica y de la población científicamente conocida». En suma, en ellas se consume la negación de la política, pues «la política deja de ser allí donde esta separación [la separación entre el todo social y la suma de sus partes] ya no se produce, donde el todo de la comunidad es remitido *sin resto* a la suma de sus partes»¹¹.

5. RESTO Y POST-DEMOCRACIA

No me llama la atención esa política orientada a la coincidencia perfecta, entre el orden de los habitantes y el orden de los ciudadanos, entre el orden del Estado y el espacio de las relaciones sociales, entre el todo y la suma de las partes.

Lo que de verdad me parece destacable es que pueda pensarse que todo ello se hace «*sin resto*». Lo destacable es la confianza en que pueda haber una desaparición o una ausencia sin resto. En suma, lo que de verdad me parece destacable es el resto mismo.

Por eso, yendo más allá del diagnóstico sobre esa operación política orientada a neutralizar el resto, yendo quizá un poco más allá de Rancière, aportando un plus de spectralidad a su reflexión sobre la política, me permito preguntar: ¿De qué lado cae ese «resto»?

«Resto», como Derrida ha apuntado¹², nombra dos cosas diferentes. Nombra la permanencia propia de lo que queda y así subsiste. Es la constancia

7 J. RANCIÈRE, *El desacuerdo. Filosofía y política*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1996, pp. 83 y ss.

8 Cf. J. RANCIÈRE, *Chroniques des temps consensuels*, Seuil, Paris, 2005.

9 J. RANCIÈRE, *El desacuerdo. Filosofía y política*, o. c., p. 129 (trad. modificada, cursivas nuestras).

10 J. RANCIÈRE, *Bordes de lo político*, o. c., p. 132 (cursivas nuestras).

11 Ibidem, pp. 153-154 (trad. modificada, cursivas nuestras).

12 «Istrice 2. Ick bünn all hier», *Points de suspension. Entretien*, Galilée, Paris, 1992, pp. 332-333.

propia de la substancia que se afirma en su persistencia. Resta lo que queda y así permanece. Pero «resto» también nombra el «residuo»: lo que queda no para perdurar sino como resultado de lo que deja de ser lo que era. Es el testimonio, privado de estabilidad, de una plenitud perdida. El residuo de una combustión, las cenizas, por ejemplo. Es la presencia deficitaria de una plenitud ya desaparecida. A diferencia de la esencia, que es presencia de algo presente, el residuo, el «resto», es el testimonio de algo ausente, arruinado esencialmente.

Ese resto obstinado que se resiste a su anulación, ese resto del que nos habla Rancière también se ve afectado de la radical ambigüedad a caballo entre la permanencia y el residuo.

Por una parte debe permanecer, pues solo así el espacio de la política no acaba confundido con la mera gestión de lo posible. Para decirlo de otra forma, debe permanecer para que la política pueda seguir siendo y permanecer como política. Debe permanecer para «volver a encontrar la política como tal». El problema que por ahora dejo en suspenso es de qué forma cabe pensar ese permanecer, hasta qué punto se confunde con la forma de permanencia que asociamos a la estabilidad de una esencia y hasta qué punto no supone un cierto compromiso con alguna forma de espectralidad.

Pero al mismo tiempo, ese resto es también el residuo intraducible a términos políticos que sin embargo testimonia que es posible otra política. Otra política capaz de redefinir su propio espacio e incluir lo que marginaliza como resto, abriendo así un proceso infinito en el que cada inclusión lleva aparejada su correspondiente exclusión. Ese resto del que nos habla Rancière no es algo que viene a perfeccionar el todo, tampoco a completarlo. Si el resto llega y está ahí es para desestabilizarlo.

El problema, llegados a este punto, sería: ¿dónde se hace visible, comparece y se da a ver el resto de la política?

6. EL ESCENARIO DEL RESTO

El problema, insisto, es el de la visión y presentación de esa problemática parte sin parte en el todo de la política. Esa es la cuestión que no ha dejado de acompañarnos: la cuestión del escenario:

«La política es en primer lugar el conflicto acerca de la existencia de un escenario común, la existencia y la calidad de quienes están presentes en él»¹³

Me interesa destacar la insistencia en la política como cuestión escénica. No cuestión de un escenario común que precediese a los interlocutores que en él comparecen como partes de un conflicto. El escenario de la política com-

¹³ *El Desacuerdo*, o. c., pp. 41-42.

prende tanto al todo como suma de las partes visibles como al resto de la parte invisible que el todo margina.

Por eso ese escenario no es ajeno a lo que Ranciere califica como «distorsión», es decir, «la contradicción de dos mundos alojados en uno solo». Casi de inmediato también nosotros nos veremos conducidos a esa «contradicción de dos mundos alojados en uno solo». Sólo hay que esperar un poco. Para llegar ahí de una manera ordenada antes hay que destacar el vínculo entre el arte y la política que traza la cuestión del escenario:

«El arte no pone en escena lo político alcanzando lo real. Pone en escena lo político inventando ficciones que desafían la distribución existente de lo real y de lo ficcional. Hacer ficciones no significa contar relatos [...] La ficción inventa nuevas trayectorias entre lo que puede ser visto, lo que puede ser dicho y lo que puede hacerse. Hace borrosa la distribución de lugares y competencias»¹⁴.

Me quedo por ahora con una sola de las afirmaciones ahí contenidas: «Hacer ficciones no significa contar relatos». Tal cosa es lo que entiendo hace un cuento de Cortázar titulado *Casa tomada*¹⁵. Sin dejar de lado el escenario nos vemos transportados a una fábula fabulosa sobre el escenario del escenario. Un cuento sobre los que no cuentan. Una escena paradójica donde lo que la narración política nos hurta, la literatura nos lo da. Una escena paradójica sobre lo que no se ve, pero sin embargo cabe leer. Lo invisible resulta así legible. Y eso es lo que leemos en *Casa tomada*.

7. LITERATURA POLÍTICA DEL ESCENARIO

El cuento de Cortázar es una historia de familia, ruidos, posesión y enigma. Me limitaré a recordar algunos de sus rasgos más generales.

Recordaré, por ejemplo, que sus protagonistas visibles son dos hermanos, Irene y el narrador anónimo, que plácidamente habitaban una casa «espaciosa y antigua» de ubicación también imprecisa cuyo «comedor, una sala con gobelinos, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez Peña». También recordaré el vago sentimiento que invade a los protagonistas de que hay algo que con ellos concluye: esa «necesaria clausura de la genealogía asentada por los bisabuelos en

14 J. RANCIÈRE, «Statements on the occasion of the panel discussion: Artists and Cultural Producers as Political Subjects. Opposition, Intervention, Participation, Emancipation in Times of Neo-liberal Globalization», *Data Recovery*, Ed. Övül Durmuşoğlu, GaMeC-Galleria d'Arte Moderna e Contemporanea, Bergamo, 2008.

15 J. CORTÁZAR, *Bestiario*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1970.

nuestra casa». Genealogía, legitimidades, ancestros: todo ello nombra el aval político que faculta para la posesión y el gobierno.

También es una historia de espacios, división y asignación de espacios, oportunamente puntuada por esas enormes puertas de roble macizo, a su manera también protagonistas del relato. Es la historia, en suma, del reparto de lo sensible y también una historia de genealogías y legitimidades avaladas por filiaciones.

Pero por encima de todo es una historia de sonidos y ruidos: «de día eran los ruidos domésticos, el roce metálico de las agujas de tejer, un crujido al pasar las hojas del álbum filatélico» o los ruidos de «loza y vidrios» entre los muchos que siempre pueblan una casa, incluso cuando es silenciosa, meticulosamente registrados en el cuento de Cortázar. Sin embargo, sin previo aviso, como formando parte de un episodio más de la cotidianeidad rutinaria en que parecía instalada la vida de la casa,

«[...] fui por el pasillo hasta enfrentar la entornada puerta de roble, y daba la vuelta al codo que llevaba a la cocina cuando escuché algo en el comedor o en la biblioteca. El sonido venía impreciso y sordo, como un volcarse de silla sobre la alfombra o un ahogado susurro de conversación. También lo oí, al mismo tiempo o un segundo después, en el fondo del pasillo que traía desde aquellas piezas hasta la puerta. Me tiré contra la pared antes de que fuera demasiado tarde, la cerré de golpe apoyando el cuerpo; felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado y además corrí el gran cerrojo para más seguridad.

Fui a la cocina, calenté la pavita, y cuando estuve de vuelta con la bandeja del mate le dije a Irene:

–Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado parte del fondo.

Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

–¿Estás seguro?

Asentí.

–Entonces –dijo recogiendo las agujas– tendremos que vivir en este lado».

Se abre así una dinámica que poco a poco hará de la casa una «casa tomada». Es decir, una casa en la que conviven, como dos mundos en un solo mundo –ya lo avancé–, sus habitantes visibles, legítimos por filiación, y esos otros habitantes invisibles de los que nada se sabe, de los que nada se nos dice, cuya única presencia legible son los sonidos de una puerta que se cierra, señal de que la habitación ya ha sido tomada y de la que se retiran quienes hasta ese momento habían sido sus habitantes visibles.

Los acontecimientos se precipitan y con ellos el final. Los habitantes acaban por abandonar la casa:

«No nos miramos siquiera. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuerte, pero siempre sordos, a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada».

Es una historia, pues, de desplazamientos y de espacios que cambian de ocupantes y destino. Es una historia política, es una narración sobre la actividad política. Al menos así lo leo en Rancière:

«La actividad política es la que desplaza a un cuerpo del lugar que le estaba asignado o cambia el destino de un lugar; hace ver lo que no tenía razón para ser visto, hace escuchar un discurso allí donde sólo el ruido tenía lugar, hace escuchar como discurso lo que no era escuchado más que como ruido»¹⁶.

Leamos un poco más despacio. En efecto, tanto en el cuento de Cortázar como en la actividad política se trata del desplazamiento de lugares y cuerpos y de la alteración de los usos y destinos de lugares. Hasta aquí las analogías.

Sin embargo, en el cuento se permanece más acá, hay un paso que no se da: no se nos da a ver a los invisibles habitantes que poco a poco van tomando la casa; tampoco los ruidos se tornan discurso ni el sonido se hace palabra. Todo queda un poco antes de que la escena anterior a la política se desvanezca: un poco antes de que los ruidos se hagan sonidos articulados, devengan palabra, lo invisible se torne visible y lo excluido comparezca.

En ello radica la ejemplaridad del cuento de Cortázar: en su capacidad para instalarse y dar a leer el espacio sin espacio anterior al reparto de espacios, el espacio apolítico anterior a lo político que constituye su invisible escenario. Este es el punto en el que me gustaría insistir.

8. EL REPARTO DE LO POLÍTICO

Como es sabido, para Rancière lo político surge de la distorsión provocada por el encuentro de dos procesos, dos lógicas del ser-juntos. Por una parte, la serie de la política, que es el proceso de la igualdad. Igualdad supuesta de todos respecto de todos e igualdad que debe ser verificada, puesta a prueba y

¹⁶ *El Desacuerdo*, o. c., p. 45.

así reconocida a quien le es negada. Por otra, la serie de la policía, es decir, «el conjunto de los procesos mediante los cuales se efectúan la agregación y el consentimiento de las colectividades, la organización de los poderes, la distribución de los lugares y funciones y los sistemas de legitimación de esta distribución»¹⁷. En suma, el orden de distribución y el régimen de su legitimación.

Sin embargo, a partir de esa anterioridad en que nos sitúa el cuento de Cortázar, sus ruidos que no llegan a ser palabra y sus invisibilidades que no se hacen visibles, quizá debería añadirse algo más. Algo que se substrahe a esa distorsión, a esa colisión entre la política y la policía a que da lugar lo político. En lo fundamental porque tan pronto lo invisible se hace visible y los sin parte se dan a ver para verificar la igualdad que se les supone, ya aparecen *como*¹⁸ algo identificable, su silencio se hace palabra aunque no se produzca un real entendimiento entre las partes en litigio, etc.

En suma, algo se hace visible y aparece *como* algo, abandonando su espectralidad fantasmal. Desde ese momento ya queda integrado, aunque sea problemáticamente, bien en el reparto de lo sensible propio de la policía, bien en el proceso de reconocimiento de la igualdad propio de la política.

Pero si eso ocurriera en el cuento de Cortázar y sus habitantes invisibles comparecieran y fueran literalmente legibles, en ese momento la narración se convertiría en un relato y dejaría de ser una ficción. Desaparecería la literatura y aparecería la narración: «La ficción inventa nuevas trayectorias entre lo que puede ser visto, lo que puede ser dicho y lo que puede hacerse», nos había advertido Rancière hace un instante.

Es verdad, pues, que «las partes no preexisten al conflicto». Pero también debe ser verdad que antes de su comparecencia como partes en conflicto, los sin parte han debido subsistir como masa informe sin cómputo posible, como sonidos inarticulados, como imágenes invisibles, sumidos en la opacidad anterior a su comparecencia *como* parte sin parte, interlocutores posibles, seres parlantes o cuerpos visibles. Esa parte sin parte que no cuenta es la que, sin embargo, cuenta el cuento de Cortázar.

No sólo estaría, pues, el reparto en el interior de lo visible. Sea al modo en que lo hace la policía, sea en el modo en que también es visible, por deficientemente que ello acontezca, quien verifica el supuesto de la igualdad y por eso da lugar a la acción política.

A todo ello creo que habría que añadir la división entre, por una parte, lo visible –en ese doble sentido que acabo de indicar– y, por otra, lo invisible no identificable, entendiendo por tal el resto invisible de lo político y por ello

17 *El Desacuerdo*, o. c., p. 43.

18 «Ce petit mot, « comme », pourrait bien être le nom du vrai problème, pour ne pas dire la cible de la déconstruction». (J. DERRIDA, *L'Université sans condition*, Galilée, Paris, 2001, p. 74).

ajeno a la repartición operada en el interior de lo visible, es decir, la repartición operada entre política y policía.

En rigor, ese resto anterior a la política, pero de la que se nutre y que resulta ser su supuesto irremediable, es un resto a-político: ni forma parte del régimen visible de la policía, ni se incluye en el proceso de subjetivación e identificación propio de la verificación de la igualdad que da lugar a la política. No es contado ni por uno ni por otra, y sin embargo es lo que el cuento nos cuenta sin dar el paso que lo convertiría en relato.

Se trata, pues, de una anterioridad heterogénea e incommensurable con lo que desde ella tiene lugar. Una vez hecha presente, una vez acontecida, ingresa en la historia y se deja contar, ingresa en la política y se hace oír, ingresa en el orden de la policía y es administrada. Pero todo eso es *a posteriori*. Sólo *a posteriori* se deja narrar:

«la actividad de los plebeyos de Ballanche que hacen uso de una palabra que «no tienen». La de esos obreros del siglo XIX que ponen en razones colectivas relaciones de trabajo que no competen sino a una infinidad de relaciones individuales privadas. O también la de esos manifestantes o constructores de barricadas que literalizan como «espacio público» las vías de comunicación urbanas»¹⁹.

Todo eso es *a posteriori* respecto de la anterioridad no cronológica sino estructural que manifiesta y a la que hace aparecer.

En rigor, la posibilidad de ese resto sin resto, de ese resto que no es ni permanece en la estabilidad de una substancia ni en la unidad del sentido de una esencia, ya está contemplada oblicuamente en el texto de Rancière. Es lo que ocurre cuando se define a la policía como «una regla del aparecer» de los cuerpos y a la política como «un modo de manifestación»²⁰. La policía sería así el sistema de formas *a priori* que regula el orden de la aparición y establece la posibilidad de la manifestación.

De la misma forma, si la política es un modo de manifestación que deshace y cortocircuita el orden policial, deberá admitirse un momento anterior, anterior al *a priori* de las reglas policiales y también anterior al orden de la manifestación política. Tan pronto la manifestación da lugar a alguien que aparece *como* una anomalía en el orden de lo policial, ya queda integrado en éste, por deficiente o incompleta que pudiera ser esa primera manifestación. Tan pronto algo aparece *como* algo con lo que no se cuenta, ya se cuenta con él de alguna manera.

¹⁹ *El Desacuerdo*, o. c., p. 45.

²⁰ *Ibidem*.

Anterior a todo eso es la nada de lo imposible, la opacidad de lo que hay pero no es, el resto invisible, el ruido inaudible confundido con el silencio. En rigor nada de eso es, pero está. En rigor carece de contorno visible y aspecto inteligible. Rebase el orden de la esencia, no comparece *como* algo o alguien, es la figura de lo imposible.

9. COMPLICACIÓN DE LA POLÍTICA

Todo queda así suspendido de ese momento fugaz de la anterioridad de lo imposible antes de comparecer y hacerse visible. De ese instante inaprensible pende la narración de Cortázar, de ese instante inaprensible pende también –creo–, el texto de Rancière. Nada de ello viene aquí para completar nada, sino para complicar todo. Es decir, complicar el todo de lo político resultante de la colisión entre política y policía.

Me explico en tres pasos y algún posible imperativo.

- 1) No sólo hay que trabajar en el régimen de la política abriendo espacios a nuevas y siempre diferentes verificaciones de la igualdad; no sólo hay que abrir y abrirse a la actividad política que ensancha, desestabiliza y posibilita una nueva distribución de espacios. No sólo hay que hacer que cuenten los que ni cuentan ni son contados.
- 2) También hay que trabajar en el orden de la policía, las reglas y los códigos que administran el reparto de lo sensible. También el régimen policial debe abrirse a lo que niega y que es justamente lo que la política le hace ver, mostrando así la inadecuación entre las formas *a priori* policiales y la materialidad sensible de la política. De ese desajuste se nutre la distorsión resultante de la colisión entre política y policía.
- 3) Pero a todo ello habría que añadir algo más, una tercera instancia. En lo fundamental porque nada de lo anterior sería posible sin que *pasase algo*. Es decir, sin el acontecimiento en virtud del cual lo imposible se hace posible, el ruido se hace palabra y lo amorfo adquiere el perfil inteligible que lo hace visible.

Todo ello es imprevisible, nada de ello es anticipable ni se somete a código alguno. Si ello ocurriera ya aparecería *como* algo. Ya sería una manifestación política o una aparición policial. Y eso incalculable, imposible y sin anticipación posible, además es necesario. Tan necesario como la espera y la confianza de que acontecerá algo, de que el acontecimiento es posible, de que pasará algo que dará lugar a algo, abriendo así la secuencia de lo político en una dinámica ajena a la rutina, el programa o la planificación. En esa secuencia lo imposible deviene algo posible, algo que es y está y por eso cuenta, por

eso se da a ver aunque sea en el modo deficiente de quienes apenas si pueden hacerse entender pero cuya simple presencia ya testimonia el daño que los constituye, la huella de su sufrimiento, la exclusión que soportan.

Tiene razón Rancière, aunque quizá en otro sentido del que ahora quiero hacer valer: «*la politique se joue à trois*»²¹.

1. No sólo hay que jugar en la gestión policial de lo que hay o en la manifestación política que quiebra el orden de la gestión policial.
2. También hay que jugar a favor del acontecimiento, si lo hay. Sin su acaecer indecible sólo hay la gestión policial de lo que es y está, o la manifestación política de lo que está sin ser. Incondicional, ajeno al cálculo, la previsión o el código, del acontecimiento solo cabe esperar, si lo hay, su llegada.
3. En el llegar a ser del acontecimiento, el resto imposible deviene algo posible abriendo así la posibilidad de la política.

10. CONCLUSIÓN

Podrá resultar paradójico que finalmente todo haya venido a desembocar en algo imposible. Pero eso imposible, como en el cuento de Cortázar, habita lo imposible y por eso una cosa está dentro de otra como ocurre en la distorsión: «la contradicción de dos mundos alojados en uno solo»²². Sólo la ficción nos da a leer esa archi-distorsión, la distorsión originaria cuyo ser consiste en dejar de ser nada y devenir algo, cuya posibilidad consiste en dejar de ser imposible.

Creo que sólo así se lleva hasta sus últimas consecuencias el compromiso con la falta de fundamento propia de la política. Política sin fundamento quiere decir, pues, política asentada sobre la ausencia, la imposibilidad y la opacidad. La ausencia, imposibilidad y opacidad que el acontecimiento hace presente, posible y fenoménicamente visible.

Alguien podrá pensar que se trata de una conclusión aporética. Sin duda. Sin duda puede pensarlo y sin duda, también, es así. Pero quizá nunca como hoy debemos confiar en la performatividad de las aporías y en la esperanza que debemos dispensar a nuestra confianza en las aporías.

Se me olvidaba algo. Es posible que alguien piense que en algún momento la aporía dejará de ser tal y desaparecerán las incertidumbres de lo incalculable. No lo creo. No dejará de acompañarnos con una u otra formulación. Para decirlo de otra manera, no hay llave que nos permita abrir la puerta, el

21 «La división de *l'arkhè*», o. c., p. 65.

22 *El desacuerdo*, o. c., p. 42.

obstáculo que todo problema nombra. El problema seguirá siendo un obstáculo tanto tiempo como falte la llave de la solución. Con su desaparición, con la desaparición de lo que sería la clave hermenéutica, también concluye la narración de Cortázar:

«Como me quedaba el reloj de pulsera, vi que eran las once de la noche. Rodeé con mi brazo la cintura de Irene (yo creo que estaba llorando) y salimos así a la calle. Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla».

Ahora realmente llegamos a comprender que sólo cuando desaparece la solución, el problema es realmente irresoluble. Sólo entonces el problema aparece como problema. Sólo entonces, finalmente, el problema se confunde con el problema sin solución que quizás constituye lo más firme de nuestra naturaleza. Eso es lo propio de las aporéticas naturalezas convencionales y su difícil relación con el fundamento: por una parte siempre buscado, por otra siempre ausente.

Recibido: 30 abril de 2011

Aceptado: 12 junio de 2011